

LA TIA LUCY

Estimada Directora:

Leyendo los diarios de vida del escritor checo Franz Kafka, me estrellé contra la siguiente frase: *Mi educación me ha hecho mucho daño. Este reproche va dirigido a una multitud de personas, que las veo paradas juntas, como en las viejas fotografías de familia... Entre ellas están mis padres, varios parientes, diversos profesores, una cocinera...*

Le cuento esto porque acá en la isla, Ud. sabe, hay una escolita. Y cuando siento los niños pasar por la playa con sus bolsones a la espalda, pienso que habría sido tanto mejor padecer la educación junto al mar que en medio de la ciudad (estuve en el San Ignacio de calle Alonso Ovalle). Pero no me dejaron elegir colegio, como tampoco me dejaron elegir mis ramos, mis profesores, mi religión, mis lecturas ni mis compañeros de curso.

Mi hicieron aprender álgebra arábrica, geometría euclidiana y dinastías egipcias. Debí memorizar la tabla periódica de los elementos, recitar el subjuntivo imperfecto del verbo *être* y rezar la misa en latín, además de derivar integrales y de tragar ladrillos como el *Mio Cid Campeador*, que entonces lo encontraba aburrido y ahora me parece atroz.

Luego, en nombre de la ciencia, de la carrera y del espíritu me inculcaron paradigmas heurísticos de Merton, teorías hipotéticas de Samuelson y lucubraciones circunstanciales de Weber. De la Universidad de Chile seguí a la de París, siempre en busca de algo que creía estar allá arriba, en las cúspides de la intelectualidad.

Si, tiempo atrás, Ud. me hubiera preguntado quiénes fueron mis mejores maestros, le habría nombrado sin pestañar a eminencias como don Mario Góngora en historia, o al propio Alain Touraine en sociología. Pero ahora, en la isla a la cual he llegado luego de correr tanto mundo, me doy cuenta de que las enseñanzas verdaderamente importantes las recibí de la tía Lucy, mi profesora de kinder.

En efecto, casi nada de lo aprendido en el colegio me sirvió alguna vez, muy poco de lo estudiado en la universidad tiene hoy en día aplicación y si algo sé es porque lo he visto con mis propios ojos, lo he sufrido en mi propia carne o lo he estudiado por mi

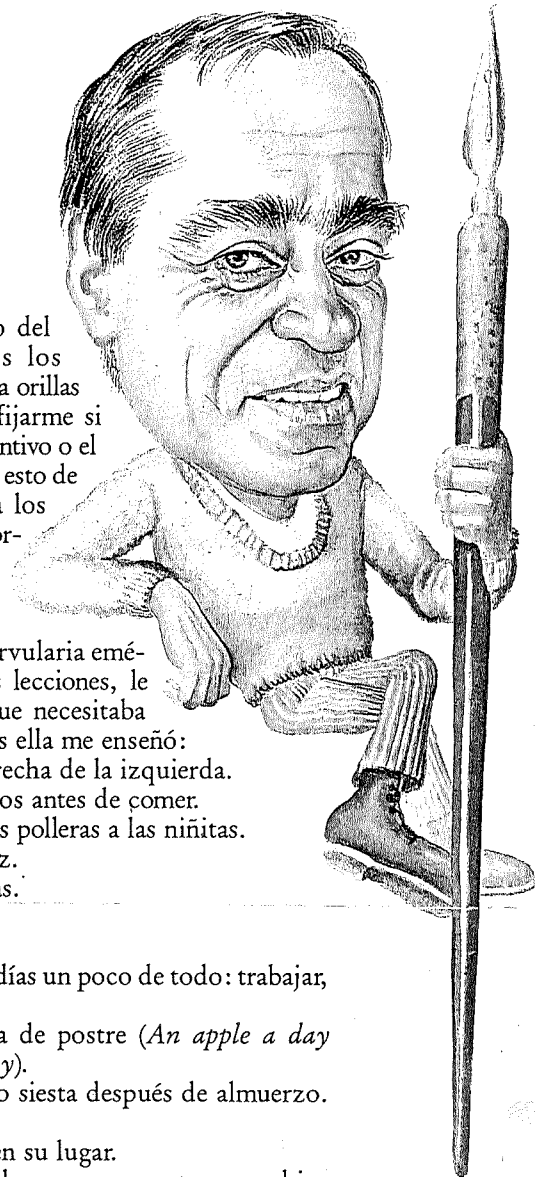
cuenta, como el caso del francés que pasados los veinte años lo asimilé a orillas del Sena, sin jamás fijarme si toca conjugar el subjuntivo o el indicativo del verbo, o esto de escribir que surgió a los treinta como un estor-nudo del alma, sin que nadie me lo impusiera.

En cambio, a la parvularia emérita de mis primeras lecciones, le debo casi todo lo que necesitaba saber en la vida, pues ella me enseñó:

- A distinguir la derecha de la izquierda.
- A lavarme las manos antes de comer.
- A no levantarles las polleras a las niñas.
- A contar hasta diez.
- A conocer las letras.
- A usar el lápiz.
- A compartir.
- A hacer todos los días un poco de todo: trabajar, jugar, bailar.
- A comer manzana de postre (*An apple a day keeps the doctor away*).
- A dormir un ratito siesta después de almuerzo.
- A dar las gracias.
- A dejar las cosas en su lugar.
- Y a tomarnos de la mano y mantenernos bien juntitos cuando toca salir al mundo.

Mi educación la completó mi abuela Nany un día que fuimos a almorzar a su casona de calle Vergara. Al verme ella empinado frente al lavatorio, advirtió que sólo me lavaba las palmas de las manos. Me mostró entonces cómo refregarme con agua y jabón el dorso también.

De ahí en adelante, Ud. comprende, no quedaba casi nada importante por aprender, y fueron años de años de perder el tiempo en clase. O sea, somos como los paltos, que se pueden guiar de chicos, pero después lo único que logra el hombre con podarlos y fumigarlos es que se pasmen. ☹



Valle Huincul